

UN MUNDO MÁS SOLIDARIO
Homilía en Te Deum Ecuménico

4 de noviembre de 1970

Palabras del Cardenal durante el Acto de Acción de Gracias para orar y pedir por la Patria realizado en la Catedral Metropolitana, con motivo de la asunción a la Presidencia de la República del Sr. Salvador Allende.

Recién recibida la insignia del mando supremo de la nación, ha querido el Señor Presidente venir hasta este Templo y participar en esta Acción de Gracias. Es un gesto -que lo enaltece- de delicado respeto por los valores religiosos del pueblo de Chile, representados aquí en los Pastores y Ministros de sus diversas comunidades de Fe.

En nombre de todos los que creemos en Dios, y que por eso amamos y respetamos al hombre, quiero interpretar el sentido que atribuimos a esta celebración litúrgica. Tres son las afirmaciones que parecen resumirlo: una antigua tradición nos congrega; una común alegría nos anima; una urgente misión nos compromete.

Justicia

“Abran la ruta, quiten los obstáculos del camino de mi pueblo”, nos ha urgido recién el Señor, por boca del Profeta Isaías. “Rompan las cadenas injustas, devuelvan la libertad a los oprimidos, arranquen todos los yugos - Así suena, recio, exigente, el auténtico mensaje profético; así se encarna, y se prueba, una fe religiosa verdaderamente vivida. Ritos y ceremonias, ayunos y penitencias agradan a Dios cuando los inspiran el anhelo y el deber de hacer justicia al hermano. “Compartir tu pan con el hambriento, albergar a los pobres sin techo. - y no esquivar al que es tu propia carne: ¿no es ése el ayuno que agrada al Señor?”. Así lo acabamos de escuchar: palabras de un Libro que es patrimonio de la Humanidad.

Los que creemos y vivimos de esa Palabra, no podemos temperarla. No nos es lícito atenuar en nada el rigor de su experiencia. No podemos desvirtuar la fe, convirtiéndola en pretexto para esquivar la miseria de quienes son nuestra carne. El Reino que esperamos comienza a construirse aquí, y uno de sus pilares es la justicia. Por eso es que en un acto netamente religioso, como el presente, no dudamos en hablar de una misión urgente que nos compromete a todos. A todos sí: a Tos que han recibido un legítimo mandato del pueblo, y a los que hemos recibido un auténtico mandato de Dios. Dos mandatos que, por distintos y complementarios caminos, apuntan a una misma, urgente tarea de liberación. El Dios que en Jesucristo se identificó con los pobres y oprimidos nos juzgará según nuestra fidelidad a ese mandato.

Alegría y compromiso

Este momento religioso no se limita, sin embargo, a recordarnos y urgirnos una misión: quiere animarnos, también, en una común alegría. No es la euforia fácil de quienes se embriagan con palabras y dan de antemano por resueltos todos los problemas. No es la ilusión ingenua de inaugurarse ya, y con mínimo empeño, un paraíso en la Tierra. Nuestra alegría de hoy es la alegría sobria y muy serena, la alegría también muy pura del que construye una obra bella.

Nosotros -todos- somos constructores de la obra más bella: la patria. La patria terrena que prefigura y prepara la patria sin frontera. Esa patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. Por eso es que la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea hace muchos años comenzada, como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez. Nuestra mirada hacia el pasado, próximo o remoto quisiera ser más inquisitiva que condenatoria; más detectora de experiencias que enjuiciadora de omisiones; más de discípulo que aprende, que de maestro que enseña. Recibimos la patria como un depósito sagrado y una tarea inacabada. Y la alegría que nos invade hoy es la propia de quienes se consagran a la obra más bella: seguir creando la patria.

Ese es también el clima de toda auténtica fe religiosa. Tal vez nunca, nadie, ha formulado exigencias tan severas como el Evangelio de Jesucristo; ciertamente nadie ha prometido, como Jesús, tanta alegría en el cumplimiento mismo de sus exigencias. Lo escuchamos recién en su Sermón de la Montaña, planteando a las masas su programa. Cómo les exige desprendimiento interior, señorío del corazón sobre el absolutismo del dinero; cómo les inculca la mansedumbre para conquistar la Tierra; la misericordia para obtener misericordia; cómo les aviva el hambre y sed de justicia, y los compromete a ser artesanos, constructores de paz y aun mártires de la justicia; cómo les pide un corazón puro, sin la turbiedad del egoísmo, para poder ver a Dios en el rostro de los pobres.

Tal vez nunca, nadie, se ha atrevido a exigir tanto de las multitudes. Pero ciertamente nadie ha prometido tanta alegría. La alegría que sentimos, en este momento religioso, todos los que de una u otra manera, por uno u otro título, revalidamos nuestro compromiso con las multitudes hambrientas y sedientas de justicia, y queremos ser, para ellas, constructores de un mundo más solidario, más justo, más humano, artífices de la Paz verdadera, la que el corazón del hombre anhela, la única portadora de la tan deseada liberación.

Respeto

Sabemos por experiencia que estas tareas nos desbordan. Ellas requieren una sabiduría, una prudencia, una fortaleza de ánimo, una visión, una esperanza que la sola fuerza humana no es capaz de dar. Por eso, si es propio de todas las religiones el orar, costumbre ha sido siempre orar particularmente por quienes más necesitan esa prudencia y sabiduría, esa fortaleza, esa visión, esa esperanza: los gobernantes. Más allá de sus personales ideologías o creencias, su legítima autoridad les confiere la suprema dignidad de servidores del pueblo; acreedores, por ese título, al respeto y cooperación de todos, en todo lo que sirva mejor a su pueblo.

Este momento de oración se inscribe así en una antigua tradición religiosa;

pero corrobora, al mismo tiempo, inapreciables tradiciones patrias. Tiene un carácter de símbolo y garantía de respeto: el respeto de los gobernantes por todas las formas de fe religiosa; el respeto de las Iglesias por la legítima autoridad de los gobernantes; el respeto recíproco entre múltiples confesiones religiosas.

Es justo entonces que nos congreguemos para una Acción de Gracias. Hombres que reciben una tarea de liberación de sus hermanos; hombres que sienten la alegría de construir obras bellas; hombres que saben respetar porque se sienten respetados, no pueden menos que dar las gracias, porque todo eso es un privilegio. Como es un privilegio gustar este momento que une pasado, presente y futuro, gustar esta celebración que reúne a los constructores de la ciudad terrena y a las piedras vivas del Templo de Dios, en la alegría de una misma, hermosa tarea; en el fervor de una misma agradecida plegaria al Dios de quien procede todo don, por Cristo que es ayer, ahora y siempre. Amén.

Santiago, 4 de Noviembre de 1970.